

Por cuatro mares y un oceano

¡El Mar Rojo! Con él hemos dado, Pipo. ¿Te acuerdas del zarrandeo en nuestro buque la noche antes de la llegada a Suez? Claro que te acordarás y como tú, todos los que íbamos en el *Haleakala*. De nada sirvieron los elogios, ni la brillante oratoria del Padre Villaverde para apagar, o siquiera amenguar, la furia del cabo de Guardafuí, ni el que en Viernes Santo paseáramos la Cruz alzada en solemne procesión por las cubiertas. Nosotros que queríamos haber estado aquel día en Sevilla para presenciar las procesiones cuaresmales... estábamos frente a Guardafuí pasando las de Caín. Yo, francamente, he oído hablar tanto del mar Rojo y de sus características de quietud, mansedumbre y colorido, que estaba con una gran ilusión de cruzarlo y revivir en mi mente, en aquellos días santos, el pasaje bíblico del paso de los Israelitas, pero, ¡qué decepción y qué mal paso fue el nuestro al ser sorprendidos por aquel fuerte temporal, el primero que desfogaba allí en los últimos cincuenta años!

(Continuación)

Precisamente tuvimos que capearlo nosotros, haciéndonos echar hasta la primera papilla que nos dieron nuestras mamás. La cubierta del *Haleakala* huía bajo nuestros pies y no hubo pasejero que no se elevara... al cubo, al cubo de su respectivo camarote, o no se arrimara a las pasarelas para manchar inmundamente la superficie de aquel mar embravecido, que ni era rojo, ni nada parecido a tal color y que má bien nos estaba poniendo verdes a todos. Te acuerdas también, querido Pipo, de cierto pasajero, presumiendo de extraordinaria fortaleza sin querer admitir que se hubiese mareado, achacando sus angustias y arcadas al "bagoong" que en recuerdo de Cavite, se había hecho servir en la cena y asegurándonos fué el comitrazo el responsable de ponerle tan "provocativo"? La noche antes de nuestra llegada a Suez, fue la única noche "perra" pasada en todo el viaje y no la olvidaré tan pronto.

A eso del amanecer cesaron los bandazos del barco, que por cierto se portó admirablemente, "cual valiente facista en sus embestidas contra el rojo"; y esto nos decidió a salir del camarote, todavía pálidos y desencajados. Grande fue nuestra alegría al ver en nuestro frente la bocana del canal de Suez y a nuestro lado otros barcos de gran tonelaje esperando turno y práctico para pasarlo. A medio día, acompañado por nuestro agente, vino abordo un piloto inglés de la compañía del Canal para hacerse cargo de la dirección de nuestro *Haleakala*, y a marcha lenta, comenzamos a navegar por sus tranquilas aguas.

¡Precioso fue aquel viaje por el estrecho artificial que el genio de Lesseps concibió y la mano del hombre abrió en una longitud de ciento un millas, para unir dos mares al través de un inmenso desierto arenoso! El gran desierto de Sahara se mostraba ante nuestra vista, cálido y seco, con sus caravanas de camellos internándose por sus poéticos oasis. No lejos de nosotros seguía su curso de siglos el histórico y caudaloso Nilo y cerca también nos encontrábamos de Tírra Santa, envuelta en la mística poesía de su bíblica epopeya. Egipto, Palestina, Jerusalén, Jericó, Bethania y demás lugares próximos, consagrados por las sacras tradiciones del cristianismo, ardían aquellos días en el fuego devorador de una guerra sangrienta entre judíos y árabes, cuyo fin ha dado hoy lugar a la formación y establecimiento del nuevo estado de Israel. De cuando en cuando teníamos que arrimarnos y fondear junto a la orilla para dar paso a un barcarrón cargado de tropas. navegando en dirección opuesta a la nuestra. El atardecer descendía alegre y dorado, uno de esos soberbios atardeceres de Oriente, con su polvareda



Otro aspecto del muelle de Davao a la llegada del vapor "Haleakala", en su primera visita a España después de la Independencia de Filipinas.

de luz que la naturaleza levanta en lo alto por los caminos del cielo. En su luminoso encanto, alargábase el paso del canal através de escaso plantíos y palmeras. El aire, de una dulzura inefable, acariciaba nuestros rostros salpicados por la arena del desierto. Un bienestar de blancura y reposo nos envolvía suave, adormecedor, con esa poesía, compañera del silencio reinante en aquellos parajes, que nos hacía languidecer. Hacia Poniente, veíamos descender el sol envuelto en brillantísimo aureola, y las nubes como rosados celajes de nácar, inspiraban, a quien aquel maravilloso paisaje de ensueños contemplaba, los más bellos pensamientos. El céfiro vespertino recortaba vagamente las gráciles siuetas de los "cirrus" en el fondo del espacio.

Anclamos ya entrada la noche en la bahía de Port-Said. Desde la cubierta podíamos divisar entre la oscuridad, las hileras de luces extendidas a lo largo del puerto. A las nueve serían de la mañana siguiente, cuando atracó al costado del *Haleakala* la lancha de la sanidad con el médico de naves, un egipcio de aspecto gruñón, que subió por la escala de gato gesticulando y una vez en cubierta, puso los

brazos en alto como indignado y asombrado de algo que viera en el palo, se encará con nuestro capitán preguntándole en correcto inglés, por qué no tenía izada a bandera egipcia. ¿No sabía acaso que Port-Said había dejado de ser un puerto inglés, y estaba en territorio egipcio? El capitán dijo no saber nada, y presentando sus excusas, le informó, que debido a la guerra reciente se nos había privado de noticias del exterior y no había tenido conocimiento del traspaso de nacionalidad de Port-Said. prometiéndole subsanar la equivocación inmediatamente. Pero surgió de momento otro conflicto, pues no teníamos abordo ninguna bandera egipcia, y lo más notable del caso fue también la ignorancia del doctor respecto a la identidad de la bandera que llevábamos izada en la popa del barco, ni de su matrícula. No sabía de Filipinas ni de su independencia. Esto no nos causó sorpresa por ser aquella la primera vez que nuestra bandera nacional se paseaba por aquellos mares. Gracias a la pronta aparición del consignatario, sabedor ya del caso, se pudo traer de tierra una bandera egipcia zanjándose la cuestión de la etiqueta internacio-

nal y nosotros quedar en libertad de bajar a tierra y visitar la ciudad.

Port-Said, con todo lo de ser escala de importancia, no nos pareció una gran urbe, como suponíamos antes de recorrerla, aunque cuenta con sólidas estructuras, entre antiguas y modernas; calles anchas y buenos establecimientos comerciales, pero excluyendo la agitación y el movimiento observado en los muelles, la población, en general, carecía de esa actividad que se observa en las grandes ciudades. Los automóviles eran escasos y todavía se veían circular antiguos carruajes por las calles. Hay un respetable número de extranjeros residentes, predominantemente ingleses, franceses y griegos.

Entre nuestros pasajeros se encontraba un simpático comerciante de Manila, ya de alguna edad, que se las daba de exagerado moralista y a quien le indignó sobremanera, al saltar a tierra, verse rodeado en el muelle por una caualla egipcia ofreciéndole colecciones de fotografías a cual más pornográficas. ¡Oh bíblico Egipto! ¿Cómo permites tal comercio a tus puertas? exclamaba nuestro amigo tratando de quitarse de encima aquella chusma, insistente en venderle "escandalosas" como llamaban a su negocio. Se ponían pesados siguiéndonos por toda la calle, susurrando en nuestros oídos la palabra: ¡Escandalosa, escandalosa, compra bonita escandalosa! Por dos piastras, barato, barato, y se ofrecían mediante un aumento en el precio de sus escandalosas, a llevarnos a los escondrijos donde se tomaban los tales cuadros plásticos a lo vivo. No sé quién fue el gasón de entre los pasajeros que deslizó al oído de uno de aquellos traficantes algunas palabras sobre las aficiones de nuestro amigo a coleccionar fotografías, comprándolas sigilosamente en los puertos de escala. Desde aquel momento no le dejaron en paz. En vano acabó por enfurecerse y levantar los brazos gritádoles en



Los Sres. Gómez, Calero, Castañer, Pérez Rosales con la oficialidad del "Haleakala", el 14 de abril de 1947, en el patio del Ayuntamiento de Barcelona con las autoridades de la Ciudad.

su mejor inglés: "this is a scandal, it is against my religion to buy those pictures, get out!", no le hacían caso y uno, el más latoso, le contestó: "religion is natural but this is super-natural, you are missing something extraordinary, Mister", y seguía poniendo ante sus ojos más desnudeces de aquellas, que nuestro amigo se veía forzado a mirar de reojo. La escena nos hizo mucha gracia y la reímos bien. Desde aquel momento dimos en llamarle "Don Casto."

Este chistoso incidente y otros de parecida índole, demostrativos de la relajada moral de aquella gente del puerto, nos proporcionaron ratos muy divertidos, sirviéndonos de escudo la moralidad de Don Casto a quien hacíamos rabiar, sentados en la acera de un restaurante, mientras nos hacíamos servir un aromático Moka, espeso y negro, y fumábamos legítimos cigarrillos egipcios.

Al medio día, cuando estábamos reunidos en el muelle para abordar las lanchas, fuimos otra vez acusados por los traficantes en "escandalosos". En el *Haleakala*, con el práctico abordo en disposición de salir, alguien hizo notar la falta de una pasajera. Avisado el Capitán, ordenó la suspensión de la maniobra y ya se iba a dar parte a la policía, cuando divisamos una gasolinera parada en medio de la bahía y en ella a una señora de pie, agitando los brazos en desesperadas señales al barco. Se dispuso fuera la lancha del práctico a buscarla pero en aquel momento vimos la gasolinera ponerse en movimiento y atracar al costado del vapor. Estaba cargada de paquetes y de pájaros. La señora, nerviosísima, insultaba a los tres pillos tripulantes del bote, acusándoles de haberlo parado expropiado para obligarla a pagar el doble del precio estipulado para su conducción al barco. Como este caso, nos dijeron, se daban muchos parecidos en aquel puerto. No pusimos a aquellos pi-

ratas a disposición de la policía para no demorar nuestra salida, pero no nos faltaron ganas de hacerlo.

Nos hicimos a la mar y conforme avanzábamos, se hacía sentir el frío, obligándonos a usar la ropa de lana que compramos en Port-Said. La primera noche de viaje la pasamos divertida gastándole bromas a Don Casto a propósito de las "escandalosas", al verle salir escandalizando del camarote y escupir con desprecio al Mediterráneo, por haber encontrado sobre su litera algunas postales pornográficas. ¡Oh, querido Don Casto! Nunca olvidaré las irónicas carcajadas con que acogimos tus protestas de inocencia, sobre todo, cuando a la hora de la cena, al sacar tu pañuelo del bolsillo, se te cayeron más escandalosas, poniéndote la cara como un tomate, mientras tratabas de convencernos de ser Castañer el autor de aquel acto de prestidigitación, por la vecindad de su camarote con el tuyo.

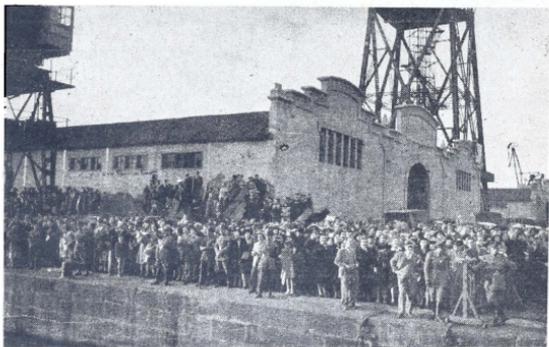
Castañer la emprendía a bromas con Don Casto en cuanto encontraba ocasión. Una tarde, estando un grupo de nosotros en cubierta oyendo perorar a Don Casto, se acercó Castañer, guiñando pícaramente un ojo, y diciéndonos que

por la escalera de popa acababa de ver dos hermosas y redondas pantorrillas. No le dimos gran importancia a la noticia, pero sí Don Casto, quien poco a poco, disimuladamente, se fue acercando al sitio indicado.

A la hora de cenar se me acercó diciéndome en voz baja: ¡Cuidado que el tal Castañer es immoral! No hace más que atisbar, para ver pantorrillas y piernas de mujeres, pero esta vez se ha llevado un chasco porque las vistas por él esta tarde eran las de Pipó Calero y de Pepín Rodríguez, cuando en calzoncillos tomaban el fresco... ¡Es malicioso ese hombre! Le dije que el malicioso era él, puesto que Castañer no había mencionado la palabra "mujer" para nada: "Pero, eso se sobreentiende", me contestó porque, ningún interés sabe él podíamos tener en ver las piernas de Pipó, ni de Pepín. "Yo ya le tengo fichao y no pienso hacerle caso..." Pero pronto hacía las paces con él, en cuanto Castañer, hábil chef de cocina preparaba algún plato de su agrado; porque Don Casto, además de "moralista" era un buen gastrónomo.

FELGOMAR

(Continuará)



El público de Barcelona esperando al vapor "Haleakala", primer barco filipino de la De la Rama Steamship Co. que visita España después de la Independencia de Filipinas.